NOCHE DE LA MATERIA

HOY las cosas me escuchan, me contemplan.
Cuando las acaricio con mi mano de hombre,
—con mi mano que tiene vocación de silencio y ceniza—
cuando las miro con mis ojos—con un presentimiento
de muerte y de ceguera—o las oigo sonar entrechocándose
con mis oídos—abocados a roca o a dulce madriguera de
gusanos—,
las cosas todas me oyen y penetran.

Siento miedo. El cántaro de barro
esconde mis palabras. Y, luego, en el silencio
del cuévano sombrío, salen, húmedas, roncas
y se expanden por los vacíos aposentos sin ecos
de la muerte.
El cristal de la copa retiñe mi sonido,
le hace metal y óxido. La mesa
le acoge en su nudosa materia perfilada
y le hará, luego, un día, vegetal y crujiente.
El tacto de la pluma devuelve su dureza,
su pedernal latido, por mi mano;
la mirada sin ceño del papel me persigue
y me acecha la sangre, cada vez más cansada.

La materia me escuda y me escucha y me vence.

Y, a través de su muda y terca certidumbre
me va llamando hermano, ciegamente, en la noche.

He de encontrar palabras, más allá de mi hueso,
más allá de la tierra que nos une y separa;

he de encontrar el tacto, dominante y preciso,
para huir de esta turbia y terrible armonía
que esta noche, de pronto, se establece culpable,
entre el hombre y la dura, la celeste materia.

Y hay algo, que no entiendo todavía y persigo,
y que me vive y late, dudoso por mi pecho,
y que pretendo alzar con mis manos,
ahora, de pronto, abocadas a inmensa pesadumbre
o a celeste esperanza,
mientras se va quedando sin ruidos la materia,
nuevamente en su ser oscuro y yerto.



JUAN ANTONIO CASTRO